

## Schubert y su cuarteto para cuerdas *La muerte y la doncella*

Franz Schubert (1797-1828) es uno de los compositores más destacados del período de transición entre el Clasicismo y el Romanticismo musical. Cronológicamente, su corta vida se desarrolla durante el primer tercio del siglo XIX; época considerada por muchos musicólogos como de gestación del incipiente Romanticismo, del que no se puede hablar en un sentido estricto dentro del mundo de la música hasta la década de 1830. Por lo tanto, no podemos hablar de un compositor puramente romántico, aunque inicie muchas de sus tendencias. La más importante de ellas es la declarada intención de expresar sus sentimientos personales a través de la música. Llegados a este punto se nos podría indicar que este también era uno de los objetivos de la última fase productiva de la obra de Beethoven que, recordémoslo una vez más, no muere sino apenas un año antes que Schubert. Sin embargo, las últimas investigaciones musicológicas realizadas al respecto han puesto de relieve que las últimas obras beethovenianas, si se caracterizan por algo, no es por su enorme carga de emotividad personal, sino por todo lo contrario, es decir, por un elevadísimo nivel de abstracción musical, que ha hecho que sus últimos cuartetos, por citar algunas obras, sean considerados como el culmen dentro del género.

A pesar de que sabemos que Schubert estimaba en grado sumo la obra del maestro de Bohnn, su música se encuentra vinculada más estrechamente a la de Mozart, ya que a través de sus partituras podemos percibir un sentimiento a flor de piel dentro del rígido marco que supone el uso de las formas clásicas.

Para demostrar estas tesis que acabamos de indicar, hemos escogido uno de sus cuartetos para cuerda más célebres, el D. 810.

La obra fue compuesta entre 1824 y 1826 en la tonalidad de Re menor. Se la suele conocer por su sobrenombre de *La muerte y la doncella*, ya que para el tema con variaciones del segundo movimiento utilizó una melodía de su propio lied del mismo título. Este hecho es ya altamente clarificador. Selecciona una bellísima melodía de la parte de su producción más lírica y romántica, los *lieder*. Incluso el propio tema de la canción de la bella y fresca doncella que se enfrenta a su fatal destino porque aún es virgen y no ha saboreado los frutos del amor y no quiere morir es, por sí mismo, típico del Romanticismo. En este sentido, la atmósfera del cuarteto también es deudora del lied a causa de su gran emotividad y ese aliento trágico que recorre todo el cuarteto, desde su impactante acorde inicial en Re menor hasta el último de sus compases.

Como rasgos generales de la pieza hay que indicar el uso de una magistral y acertada textura polifónica en busca de una sonoridad homogénea en la que ninguno de los cuatro instrumentos sobresale por encima de los demás. La armonía está perfectamente integrada dentro del desarrollo dramático de la obra; incluso utiliza progresiones de acordes inesperados que producen una cierta sorpresa e inestabilidad en el oyente. También hay que destacar el uso de nuevas combinaciones entre las dieciséis cuerdas en busca de nuevos efectos tímbricos, aspecto este que Beethoven no tuvo tan presente.

La obra propiamente dicha se estructura en los siguientes movimientos: 1. Allegro, 2. Andante con moto, 3. Scherzo (allegro el molto) y 4. Presto. Como se puede apreciar a simple vista, recurre, al igual que en resto de sus cuartetos, al esquema clásico de la sonata aplicado a una obra de grandes dimensiones; esto es, un primer movimiento en forma de sonata, un segundo movimiento lento en forma de un tema con variaciones, un ágil y rápido scherzo y un último movimiento en forma de sonata con un tema que aparece de forma cíclica a la manera de un rondó.

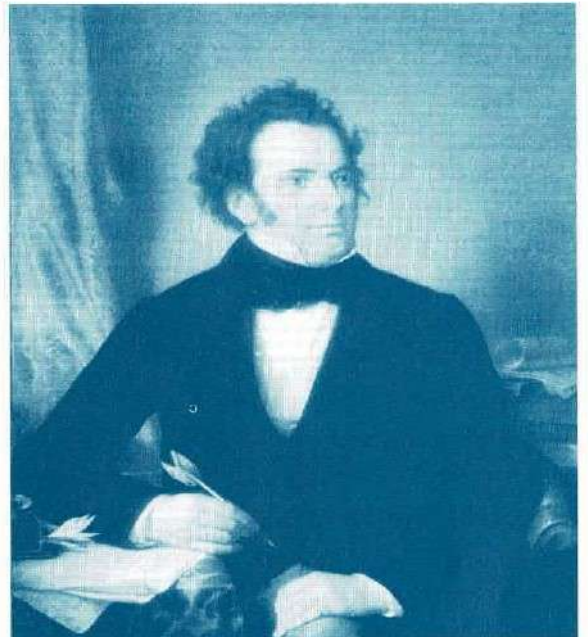
El primer movimiento está perfectamente estructurado en las tres secciones típicas de la forma sonata, exposición, desarrollo y reexposición. La exposición se inicia con un impactante tema en Re menor, al que le sigue un segundo y tercer temas más líricos y contrastantes. El desarrollo de los temas en la segunda sección es, por influencia beethoveniana, de enormes dimensiones. Los temas son ejecutados en distintas

tonalidades y se nos presentan bajo diferentes aspectos, pero en una progresión cada vez más agitada y tumultuosa que indican la inexorabilidad del cumplimiento del destino de la doncella, para finalizar con una reexposición de los temas, todos ellos en la tonalidad de la dominante.

El segundo movimiento es un tema con variaciones, cuyo origen se encuentra en el ya mencionado lied del mismo autor. Aparte de la belleza intrínseca del tema, hay que resaltar la maestría en el uso de las variaciones por parte de Schubert, que van desde la presentación del tema de forma monofónica por parte de los cuatro instrumentos a la vez, hacia una progresión polifónica cada vez más compleja, pasando por las cuatro variaciones homofónicas en las que cada uno de los instrumentos lleva la parte solista mientras los otros tres realizan el relleno armónico. El fragmento posee un carácter lírico, a la vez que fantasmagórico y mágico, junto con un pesimismo que se nos antoja como anhelante. Percibimos una oculta y misteriosa sensación de anhelo bajo sus notas. Invito a los lectores de este artículo a que lo verifiquen por sí mismos y contrasten sus argumentos con los nuestros.

El tercer movimiento es un scherzo con su típica estructura tripartita A- B- A. El tema intermedio posee el carácter grácil y consolador de un vals, por lo que deducimos una clara influencia de los scherzos de un Haydn o un Mozart. Consideramos este movimiento como el más flojo de toda la obra. Posiblemente Schubert lo incluyera como una especie de intermedio entre el movimiento lento y el final. Sin embargo, bajo nuestro personal y subjetivo punto de vista, lo consideramos como un agregado que frena el discurrir dramático de la pieza en su conjunto.

El último movimiento también está estructurado bajo una forma de sonata clásica. Los temas poseen un brutal carácter contrastante entre ellos. Lo que estamos contemplando es una lucha titánica, a la manera beethoveniana, entre dos elementos opuestos: la persecución del amor y su negación fatal a través del inevitable impulso de la muerte. La fuerza y el dramatismo de este último movimiento son realmente exultantes. Es casi imposible evitar que a uno se le erice el vello ante la escucha de páginas tan incomparables.



Franz Schubert

Llegados al final de este artículo no voy a realizar ningún tipo de conclusión general, sino simplemente invitar a los lectores a escuchar este diamante de la historia de la música occidental.

**Aitor Díaz Armas. Yo también me enamoré de Clara Schumann.**

## Bibliografía.

- EINSNTEIN, Alfred, *La música en la época romántica*, Alianza, Madrid, 1991.
- GROUT, Donald y PALISCA, Claude V., *Historia de la música occidental. Vol. 2*, Alianza, Madrid, 1996.
- LONGYEAR, Rey M., *La música del siglo XIX; el Romanticismo*, Lerú, Buenos Aires, 1971.
- MASSIN, Brigitte, *Franz Schubert, vol. 2*, Turner, Madrid, 1991.
- PAUMGARTNER, Bernhard, *Franz Schubert*, Atlantis, Zurich, 1949.
- SCHOENBERG, Harold C., *Los grandes compositores*, Vergara, Buenos Aires, 1989.